

temer la vuelta de los abusos que lo desacreditaron. De desear es, sin embargo, que la rectificacion de los hechos no degenera en reaccion, y que no sean ensalzados con exageracion los sentimientos que, hablando en general, impulsaban á los señores á asegurar el bienestar de sus vasallos...

Los monumentos y pergaminos no son los únicos que presentan medios de llegar al conocimiento del tiempo pasado: los hombres y el suelo han conservado mas de lo que se piensa, indicios fieles de los siglos. Los paisanos vascos, por ejemplo, ocupan todavía con sus familias los dominios en que sus antepasados se hallaban ya establecidos en la edad media; han conservado el mismo idioma, las mismas ocupaciones, las mismas costumbres; en fin, su régimen de sucesion todavía es el mismo que un autor latino señalaba en este pais hace veinte siglos. Ancianos de esta raza que recibieron de sus mayores la tradicion del antiguo régimen, aseguran que su situacion no ha sido mejorada por nuestras revoluciones políticas...

Seguramente que desde la edad media acá se han introducido mejoras en la condicion de los propietarios y colonos; pero estas mejoras hállanse contrabalanceadas por inconvenientes desconocidos hasta entonces. El mal que nos aqueja de dos siglos á esta parte y especialmente desde la revolucion, procede en gran parte de que las preocupaciones de las masas y las pasiones de las clases directoras, con respecto á esta cues-

tion, no nos permiten ver los hechos bajo su verdadero punto de vista.

Otra consideracion ha escitado particularmente mi atencion durante el curso de las investigaciones que llevo hechas acerca de las costumbres de mis conciudadanos (1). Si la revolucion francesa hubiera libertado realmente á las clases inferiores de la pretendida opresion atribuida al antiguo régimen, deberia ser cosa indudable que á los antiguos sentimientos de antagonismo, se sustituyen ahora poco á poco recíproca afecion entre amos y sirvientes. Y sin embargo, es un hecho incontestable, hasta para los mas miopes, que se ha verificado un cambio en sentido opuesto. Los escritores que adquirieron justa celebridad describiendo las costumbres de los seis últimos siglos, señalan notables y sensibles ejemplos de la solidaridad que existia entonces entre el propietario y el colono, entre el patron y el obrero, y principalmente, entre el amo y el criado ligado á la familia. El antagonismo entre estas mismas condiciones, ha llegado á ser hoy, por el contrario, segun dejo ya notado, un rasgo característico de las costumbres modernas de la Francia. Los

(1) Creemos innecesario advertir que si bien Mr. Le Play se refiere ó alude en algunas de sus pruebas y observaciones á la Francia, como es natural, estas son aplicables igualmente, ó con ligeras variantes, á las demás naciones europeas.

ancianos de nuestro tiempo vieron durante su juventud en muchas familias, criados identificados con las ideas y los intereses de sus amos. Solo quedan ya vestigios de este estado de cosas, y si no se produce una reaccion saludable contra el movimiento que nos arrastra, dudo que la generacion siguiente vea un solo ejemplo de esta antigua solidaridad.

No quiero decir con esto que el antagonismo social sea un hecho nuevo, un fenómeno especial de nuestro tiempo; hasta reconozco que las discordias civiles presentaban en otro tiempo un carácter de violencia que hoy no presentan. Existe, no obstante, entre las dos épocas esta diferencia esencial, á saber, que bajo el antiguo régimen cada patron marchaba al combate apoyado por sus clientes, sus obreros ó sus criados, al paso que ahora el primero encontraria á los segundos armados contra él. En otro tiempo, despues de la lucha, se encontraba de nuevo la paz y reparador reposo en el taller y en la casa. Hoy la lucha dura en la casa y en el taller, persevera de una manera sorda, cuando no estalla abiertamente; mina sin cesar la sociedad, alterando las condiciones fundamentales de la felicidad doméstica. Los escritores que se inspiran en las pasiones revolucionarias y que propagan tantas doctrinas subversivas, podrian encontrar en su propio hogar doméstico la refutacion de sus sistemas favoritos, en los sentimientos de odio y en el espíritu de rebelion de sus sirvientes. Las pruebas que

producen hoy la desolacion en todas las familias, ricas ó pobres, constituyen una de las severas enseñanzas que nos volverán al sentimiento de lo verdadero, en materia de ciencia social.

El estudio de la Europa ha contribuido, mas todavia que el de la Francia, á destruir en mí las preocupaciones que reinan en el medio en que he vivido, así como á representarme bajo su verdadero punto de vista las relaciones sociales que las revoluciones han destruido en nuestro siglo.»

El error histórico, con tanta razon como valentía combatido y refutado por Le Play en el pasage anterior, ha pretendido apoyarse en algunas revueltas y desórdenes que durante las pasadas épocas tuvieron lugar, sin tener en cuenta que fueron desórdenes pasajeros, locales y excepcionales, como lo fueron los denominados de la *Jacquerie*, y los que se verificaron en la Auvernia en el siglo XVII, que son los que los partidarios de aquella teoría histórica suelen alegar en su favor. No son los hechos parciales y excepcionales, sino los normales y generales, los que deben suministrar el criterio histórico adecuado para formar juicio acerca de las relaciones sociales entre las clases superiores y las inferiores. No hay paradoja, por monstruosa que sea, que no pueda apoyarse en algun dato histórico ó ser acreditada con este procedimiento de citar hechos anormales. Por otra parte, el nulo ó escaso valor que semejantes hechos pudieran dar á la

teoría histórica aquí combatida, se halla contrapesado con esceso con hechos análogos en sentido contrario, siendo notable, entre estos, el siguiente por el mismo Le Play alegado, cuando escribe: «Existen todavía hoy centenares de familias antiguas, que no han abandonado jamás las tierras de sus abuelos, las cuales han sido protegidas por la población local contra las tentativas de los comités revolucionarios, organizados en las ciudades cercanas.»

Los concienzudos trabajos de Mr. Delisle, aunque referentes á la Normandía, apoyan y confirman las conclusiones generales de Le Play sobre esta materia. Hé aquí uno de los varios pasajes que dán testimonio á la verdad histórica: «Excepcion hecha de algunos casos aislados, en vano hemos buscado en la Normandía los vestigios de ese antagonismo que, segun autores modernos, reinaba entre las diferentes clases de la sociedad durante la edad media. Las relaciones de los señores con sus hombres no se descubren señalados con ese carácter de violencia y de arbitrariedad, con que suelen complacerse algunos en describirlas con demasiada frecuencia. Desde época muy remota los paisanos fueron restituidos á la libertad; desde el siglo XI desapareció la servidumbre de nuestros campos; y si bien es cierto que despues de aquella época subsisten todavía algunas prestaciones y algunos servicios personales, tambien lo es que, en su mayor número, se refieren al derecho de disfrutar de la tierra.

En todo caso, las obligaciones, tanto las reales como las personales, se encuentran definidas claramente por las cartas y costumbres: el paisano las cumple sin repugnancia; sabe que son el precio de la tierra que alimenta á su familia; sabe tambien que puede contar con el auxilio y la proteccion de su señor.» (1)

Creemos que el contenido de los pasajes que anteceden, aparte otros datos y reflexiones que pudiéramos aducir, es mas que suficiente para llevar al ánimo sereno la conviccion de que el antagonismo social que perturba á las naciones modernas, presenta caracteres de universalidad y de gravedad que no presentaba en épocas anteriores.

(1) *Etudes sur la condition de la classe agricole et l'état de la agric. en Norm. au moyen age.*

V.

Hasta el último tercio del siglo pasado habiase creído generalmente que la población de los estados estaba en relación con la prosperidad de los mismos, y el acrecentamiento de población era mirado como un barómetro seguro del bienestar, de la abundancia y de la fuerza de una nación. Algunos economistas, sin embargo, comenzaron á vislumbrar que el rápido acrecentamiento de población, lejos de ser la causa y un indicante cierto de la prosperidad nacional, podía por el contrario, llegar á ser origen de males y calamidades sin cuento para los individuos. Los economistas italianos Ricci y Ortiz habían emitido sobre este punto ideas mas ó menos acertadas, que tendían á destruir el sistema de Smith, el cual identificaba la prosperidad de las naciones con el acrecentamiento de su población. Empero el que dió á conocer toda la importancia de este problema, y fijó sobre él la atención de los economistas y de los gobiernos, fué sin duda Malthus, al publicar su *Ensayo sobre el principio de población*.

Sabido es que Malthus intenta demostrar que, prescindiendo de todo obstáculo, la población tiende á multiplicarse según una progresión geométrica, al paso que la multiplicación de las subsistencias, aun en los países de circunstancias mas favorables, no llega á esta proporción. Según nuestro autor, la especie humana se multiplica como los números 1, 2, 4, 8, etc.; pero los medios de subsistencia solo crecen como los números 1, 2, 3, 4, 5, etc.

Partiendo de esta idea, fundamental en su teoría, Malthus llega á las siguientes afirmaciones: Primera: la población se limita necesariamente por los medios de subsistencia. Segunda: la población crece invariablemente en todas las partes en que crecen los medios de subsistencia al nivel del número de los consumidores, á menos que no impidan su desarrollo obstáculos poderosos ó manifiestos. Tercera: cuando se quieren elevar las subsistencias al nivel del número de los consumidores, no se obtiene otro efecto que el multiplicar en mayor escala los mismos consumidores, y es preciso procurar constantemente que la población se mantenga un poco mas bajo que su nivel, relativamente á los medios de subsistencia. Cuarta: los obstáculos particulares, y todos los demás que detienen el poder preponderante, forzando la población á reducirse al nivel de los medios de subsistencia, pueden todos ellos reducirse á estos tres puntos: *la violencia moral, el vicio y la desgracia*.

Aunque no entra en nuestro ánimo, ni en el objeto de estos artículos, examinar la economía de Malthus en el terreno puramente científico, y sí únicamente en sus relaciones con la enseñanza católica, bueno será advertir de paso que la espresada teoría no parece hallarse, á nuestro juicio, en completa consonancia con lo que la observacion y la estadística nos revelan acerca de la progresion relativa de la poblacion en relacion con los medios de subsistencia.

En efecto; aun cuando queramos admitir que, atendida la fuerza de propagacion inherente á la especie humana, la poblacion puede duplicarse en el espacio de veinte y cinco años, preciso es reconocer al propio tiempo que, por lo general, este acrecentamiento no se realiza en estas proporciones, sin que pueda decirse por eso, como pretende Malthus, que la causa de esto sea la desgracia ó la miseria de los individuos. La Irlanda, algunas provincias de la China y el Tunquin parecen probar, por el contrario, que la poblacion en que abunda mas la miseria y la falta de medios de subsistencia tiende á propagarse con mayor rapidez. Tal vez podria decirse con visos de verdad que una de las razones de este fenómeno es la falta de prevision y de esperanza fundada de cambiar de posicion y de fortuna; porque cuando los hombres se sienten sin esperanza de mejorar su fortuna y su condicion, se entregan fácilmente y sin prevision á los instintos de los sentidos.

La teoría de Malthus tampoco parece del todo exacta en la parte relativa á la proporcion con que se multiplican ó acrecientan los medios de subsistencia. Segun datos estadísticos, once millones de hectáreas producian en Francia, en 1700, noventa y dos millones de hectólitros de granos, mientras que en 1740, catorce millones de hectáreas producian ciento ochenta millones de hectólitros. Resultados análogos se notan tambien en otros estados, especialmente en aquellos en que la industria y la agricultura se hallan muy adelantadas.

Empero, dejando á otros el exámen de la teoría de Malthus en el terreno de la ciencia, diremos que las tendencias de su doctrina son esencialmente inmorales, contrarias al principio de caridad y á la enseñanza católica. Puede decirse que la última conclusión de la teoría de Malthus es que toda vez que la causa de los sufrimientos y miseria de las clases indigentes es el acrecentamiento de la poblacion en relacion con los medios de subsistencia, la clase pobre es para sí misma la verdadera causa de su miseria, por no abstenerse de la propagacion por medio de la prevision, ó sea la violencia moral con respecto al matrimonio. Fácil es prever los inconvenientes prácticos y las aplicaciones peligrosas en el órden moral á que se abre el camino con semejante doctrina. La violencia moral de que habla el economista inglés, solo es realizable con condiciones de moralidad en hombres mas

ó menos ilustrados, que posean cierta clase de educacion, y sobre todo en hombres que se hallen inspirados por motivos superiores y divinos. Querer aplicar y trasladar esto á las muchedumbres ignorantes, sin educacion moral ni intelectual, y sobre todo por motivos puramente humanos, sería abrir el camino á infinidad de vicios y crímenes repugnantes, que no creo conveniente nombrar. En todo caso, si alguna aplicacion pudiera tener esta doctrina á las numerosas clases indigentes, sería preciso, ante todo, inspirarles sentimientos profundamente religiosos y darles una educacion moral é intelectual superior á la que poseen, la misma que la Economía político-cristiana aconseja sin cesar á los gobiernos.

La teoría de Malthus parece decir al hombre: «El que nace en un mundo ocupado ya de antemano, no tiene el menor derecho á reclamar una porcion cualquiera de alimento; en realidad está de sobra en la tierra: en el gran banquete de la naturaleza no hay cubierto preparado para él. La naturaleza le manda retirarse, y no tarda en poner ella misma esta orden en ejecucion.»

No es fácil prever las consecuencias y las aplicaciones, tan inmorales como poco humanitarias, á que se presta semejante doctrina. De ella se deduce, y de ella han deducido esplicitamente no pocos discípulos de Malthus, que los expedientes inventados por los gobiernos y los pueblos para socorrer las miserias del

pobre y de las clases indigentes deben desaparecer, porque, en vez de aliviarlos, contribuyen á agravar sus males, fomentando ó conservando un exceso de poblacion. Así vemos á algunos de esos discípulos proponer como medios para mantener el equilibrio entre la poblacion y los medios de subsistencia, la supresion de los hospitales y de hospicios, la denegacion de socorros á los pobres, la prohibicion del matrimonio á los obreros, el aborto, el infanticidio, con otros medios mas infames y repugnantes aun. ¿Será necesario recordar la oposicion absoluta que existe entre estas afirmaciones y la enseñanza católica? ¿Será necesario repetir que la Economía político-cristiana, basada sobre el principio de caridad, rechaza con indignacion semejantes doctrinas, y que no puede menos de condenar una teoría que abre el camino á aplicaciones tan inmorales y á soluciones tan inhumanas y crueles de los problemas económicos?

Notemos, antes de concluir, que, en medio de sus errores y tendencias inmorales, la teoría de Malthus envuelve un brillante testimonio en favor de la doctrina católica. ¿Quién ignora las declamaciones de los filósofos anticristianos contra la virginidad y el celibato religioso? ¿Quién no ha leído en economistas superficiales que el celibato, establecido en la Iglesia católica, es contrario á los intereses de la sociedad? Pues bien; hé aquí á la teoría de Malthus, que viene hoy á demostrarnos que esa virginidad y ese celibato, ense-